

Homenaje a Juan Ramón Lodares LA INMERSIÓN LINGÜÍSTICA DEL DR. JEKYLL Y MR. HIDE¹

He querido iniciar esta intervención en catalán (en catalán en el original²) para espantar cualquier suspicacia acerca de mi actitud con respecto a una de las lenguas de mi país, España, la cual comencé a leer y apreciar durante mis días de estudiante en Madrid, cuando la literatura catalana era una de las asignaturas de la licenciatura en Hispánicas. Después viví tres años en Barcelona, en la Barce-

Javier Orrico es poeta, periodista y catedrático del Instituto de Lengua y Literatura. Sus artículos pueden encontrarse en *La opinión de Murcia* y *Periodistadigital.com*. Su último libro es *La enseñanza destruida*.

¹ Texto leído en las jornadas de «Homenaje a Juan Ramón Lodares» organizadas por la Asociación por la Tolerancia, y celebradas en Barcelona los días 30 de septiembre y 1 de octubre de 2005.

² «Volia iniciar aquesta intervenció en català per dissipar qualsevol dubte sobre la meva disposició davant d'una de les llengües del meu país, Espanya, y que vaig començar a estudiar, llegir y conèixer des dels meus dies d'estudiant a Madrid, quan la literatura catalana formava part de les assignatures de la llicenciatura en Hispàniques. Després vaig viure tres anys a Barcelona, a la Barcelona on començava a aparèixer als diaris la 'Norma', la petita que tots els dies ens instruïa en el bon ús del català. Aleshores no podia jo imaginar, en aquesta Barcelona meravellosa dels arrossos de la Barceloneta y de les nits del Boadas, encarnació per a tots els espanyols de la llibertat personal –malgrat d'una malaltia moral molt perillosa, el nacionalisme–, que arribaríem a veure una situació com la present, tot a prop del totalitarisme que sempre ha destruït els països dels quals es va apoderar. Però, sobre tot, malament, quan estudiava a Turmeda, a Muntaner, o als valencians March y Martorell, imaginava que la llengua en la qual el gran Espriu havia escrit el seu 'Assaig de càntic al temple', un dels poemes mes emocionants per a aquells que venim, nosaltres sí –i ara que ens heveu deixat sense aigua, encara més–, d'una «meva trista, pobra, dissortada pàtria», que aquesta llengua, deia, es dirigia a convertir-se en un arma de destrucció massiva contra la meitat dels catalans, contra tots «els altres catalans» (ver nota 3) y contra els que creiem que «més enllà, al nord» avia una terra de promissió y civilització. Era la llengua de Salvat-Papasseit, de Martí i Pol, de Gimferrer, de Pla, pero també el castellà (el que nosaltres, al sud, diguem espanyol, «perquè el castellà no el sapiguem pronunciar», ver nota 4) era la llengua de Pla, de Gimferrer, d'Eduardo Mendoza, de Juan Marsé, de Jaime Gil de Biedma...».

lona en la que comenzaba a aparecer en los periódicos la «Norma», la niña que todos los días nos instruía en el buen uso del catalán. Entonces no podía siquiera imaginar, en la maravillosa ciudad de los arcos de la Barceloneta y las noches del Boadas, encarnación para todos los españoles de la libertad personal –a pesar de una enfermedad moral muy peligrosa, el nacionalismo–, que llegaríamos a sufrir una situación como la actual, muy próxima al totalitarismo que siempre ha destruido a los países de los que se apodera. Pero, sobre todo, cuando estudiaba a Turmeda, a Muntaner, o a los valencianos March y Martorell, malamente podía suponer que la lengua en la cual el gran Espriu había escrito su «Ensayo de cántico en el templo», uno de los poemas más emocionantes para quienes venimos, nosotros sí –y ahora que nos habéis dejado hasta sin agua, todavía más–, de una «mi pobre, triste, desdichada patria», que esta lengua, decía, iba camino de convertirse en un arma de destrucción masiva contra la mitad de los catalanes, contra todos «los otros catalanes»³ y contra los que creíamos que «más allá, al norte» había una tierra de promisión y civilización. Era la lengua de Salvat-Papasseit, de Martí i Pol, de Gimferrer, de Pla, pero también el castellano (aquel al que nosotros, en el sur, llamamos español, «porque el castellano no lo sabemos pronunciar»⁴) era la lengua de Pla, de Gimferrer, de Eduardo Mendoza, de Juan Marsé, de Jaime Gil de Biedma, de Carlos Barral, de los Goytisolo, de Martín de Riquer, aunque luego se cambiara a Martí, y hasta de Miquel Siguán, todavía Miguel en los años ochenta.

En la Barcelona en la que fui tan feliz –bajando a toda pastilla del Tibidabo de atiborrarme a gin-tonics en el *Merveyé*, mientras mi 127 rugía con el «Cadillac solitario» de Loquillo–, convivían con la más absoluta naturalidad las dos lenguas propias de sus gentes, aquellas en las que se expresaban indistintamente y según el contexto en que se encontrasen. Y eran los que aceptaban como normal, y hasta dese-

³ Título de un famoso libro de Francisco Candel sobre los emigrantes a Cataluña.

⁴ La anécdota es relatada por don Manuel Alvar, que un día preguntó a un campesino de la isla canaria de La Palma cómo se llamaba la lengua en la que hablaban allí. Y este contestó, aclarando definitivamente la relación entre castellano y español (y la grandeza que supone una lengua en la que cabemos todos, con todas sus variantes posibles), que «aquí hablamos español, porque el castellano no lo sabemos *pronunciar*». La relación entre el castellano y sus variedades, comparada con la que se da entre catalán y valenciano, podría llevarnos a, cuando menos, sugerentes reflexiones sobre las acusaciones de imperialismo que se vierten sobre Castilla.

ble, la verdad de este bilingüismo, si quieren no perfecto, pero vivido sin conflicto, los que nos acercaban a los *xarnegos*⁵ nuevos a la lengua catalana. Eran ellos, los que la amaban sin odio hacia ninguna otra; los que asumían su condición y su riqueza de bilingües; los que no sentían ni culpa, ni complejo, ni escisión por serlo; los que sabían alzar su mirada más allá del Ebro y de la Franja; los que entendían que el mundo es concéntrico y no federal ni asimétrico; los que sostenían con sus actitudes sencillas y afables la verdadera libertad –siempre individual, siempre de las personas–, los que nos hicieron amar el catalán y aprenderlo. Lo hablábamos con ellos y por ellos, por mi amigo y compañero Eduard, tan elegante, tan catalán, tan español. Por la quiosquera de mi barrio, tan alegre y cariñosa. Por las guapísimas niñas de la granja de la calle Conde de Borrell, donde acudíamos mi amigo Félix y yo a consumir cafés y consumirnos en la vana esperanza de poder algún día adorarlas en su propia lengua. Por las discusiones sobre Barça y Madrid en la panadería de la esquina, cuando me quedaba varado a escuchar a las señoras discutir de fútbol como no había visto en ningún otro sitio. Por todos los que nos hicieron amable el catalán, y no odioso e intragable como conseguían presentarlo casi todos los profesores catalanistas (sus principales enemigos entre la juventud castellanohablante), que convirtieron su asignatura en un ‘hueso’ inexpugnable desde la convicción mesiánica –la que ha llevado a lo que hoy padecemos– de que *els de fora, els estrangers y els seus fills*, tenían, teníamos la obligación de hablar la lengua «del país». Como el jamón, que también es «del país». Nosotros poníamos el oído en el suelo a ver qué decía el país, pero sólo escuchábamos el ruido del ‘carrilet’ que unía la Plaza de España con un pueblo tan de aluvión inmigrante como Hospitalet, al que hoy el PSC ha conseguido neutralizar hasta convertirlo incluso en un bastión converso.

Lo primero que me encontré fue, así, algo que consideré desde el principio un error y a punto estuvo de producirme un rechazo insalvable hacia el catalán, hacia lo que representaba y, por tanto, hacia la Cataluña a la que había acudido voluntariamente, buscando su uni-

⁵ En sentido estricto yo no era un charnego, es decir, mezcla de catalán y «castellano», porque soy al completo de Caravaca de la Cruz, aunque mestizo de napolitanos de origen navarro, seguramente de Roncesvalles, pasados por mi pueblo tan castellano y aragonés del sureste: gracias a Dios, completamente impuro.

versalidad y vitalidad. Nada más llegar, y era el año 81, me informaron los nacionalistas profesores de catalán de que allí, en pleno Hospitalet sudista, practicaban el 'bilingüisme actiu', o sea, que cada uno usaba sólo su lengua materna. Esto me lo dijeron inmediatamente después de la primera clase de lengua catalana a la que me había apuntado con gran interés. Yo ya leía catalán y estaba deseando hablarlo. A la salida de aquella primera «inmersión» decidí que no volvería a hablar la lengua de Verdaguer con ninguno de los que quisieran imponérmela. Lógicamente, si se me ponía en la tesitura de elegir, si se me presentaban como incompatibles y excluyentes ambas lenguas, me forzaban a practicar también a mí el bilingüismo activo, y, por tanto, a usar sólo mi lengua materna española. Eso fue lo que lograron, un hablante menos. Afortunadamente, en Cataluña no había sólo naziprogresistas y licenciados en Filología Catalana, sino que la mayoría era gente encantadora, normal y, al menos en apariencia, completamente *normalizada*. ¿Qué era entonces lo que se escondía en el proyecto de «normalización lingüística» que ya andaba preparándose y del que la pequeña Norma sólo era una avanzadilla? Obviamente, ese convencimiento de su derecho a imponer el catalán, la estúpida estrategia de hacerlo hostil. Se empeñaron en el error, porque el error mismo era presentar como «normalización» (hacer normal) justamente lo contrario, la anormalidad de una Cataluña monolingüe, su objetivo final, contra la auténtica naturaleza bilingüe de la población a la que se preparaban a someter.

Perdónenme la digresión sentimental. No he podido evitarla porque es mucho lo que me duele la amputación de Cataluña, como si fuera uno de esos enfermos que odian alguna parte de su cuerpo y viven buscando un cirujano que les libre de sí mismos. Y que, mientras no lo consiguen, ocultan a toda costa la extremidad detestada, se disfrazan de mutilados felices encubriendo la verdad de lo que son. Sólo esa enfermedad espantosa que producen los comunitarismos totalitarios, mucho más grave cuando se unen dos de ellos, el nacionalismo y el socialismo, puede explicar la locura que se ha apoderado de la Cataluña dominante, de sus castas oficiales, ante la gravísima abstención de una mayoría social que, como en el poema de Brecht, ha querido vivir absteniéndose y pensando que nunca les tocaría a ellos. Pero los nazis acaban viniendo a por todos. Aunque se trate de un nazismo de guante blanco, como el que desde hace muchos años su-

fren quienes sólo aspiran a lo mismo a lo que el GLM⁶ catalán, con absoluta justicia, aspiró siempre: poder vivir en libertad hablando la lengua que deseen.

Sin embargo, cuando permites que te impongan las palabras que han de usar tus hijos hasta en el recreo (y es sorprendente que los propios catalanohablantes que sufrieron estas mismas vejaciones, lo hayan olvidado), la lengua en la que has de rotular tu negocio o en la que has de anunciar tus productos, hasta la lengua en la que has de rezar o confesarte, mañana te podrán imponer cualquier cosa, incluso una policía del pensamiento, como en el infierno que nos legó George Orwell.

Para mayor sarcasmo, puede que sea una canción absolutamente española –de esa España tan barcelonesa de Ramblas y Paralelo– la que mejor define esta situación lingüística de la Cataluña de hoy y que, si nadie lo remedia, va a alcanzar su apoteosis con el nuevo Estatuto. Me refiero a «La otra», la famosa copla sobre la amante, la querida, falsamente oculta a los ojos de una sociedad farisea, amada en la penumbra, en la ilegalidad y la maledicencia. Cataluña vive hoy, en lo que refiere a las lenguas y los derechos individuales, sobre una inmensa ‘hipogresía’ (sic) que empieza a enseñar ese rostro nazi, de filólogos pardos, al que antes me refería. No sabemos qué pasará si los intentos de resistencia ante él empiezan a dar frutos. Las advertencias sobre tiros en las piernas, desde luego, ya fueron lanzadas, además de las alusiones desde las posiciones de la Esquerra en el actual *Govern* a «una guerra civil» si no se satisface la construcción nacional hacia la que andan desbocados, en verdad la destrucción de la Cataluña real para sustituirla por un sueño monstruoso. Porque si las acciones violentas contra la libertad de los ciudadanos todavía no han superado el nivel del acoso y el boicot, el exterminio sí que parece haber llegado para esa ‘otra’ molesta, esa lengua impura que, si alguna vez fue amada como símbolo de apertura y universalismo, de cultura y comercio, de acceso a los mercados español y americano, ahora aparece como un piélagos de vicios, como la judía que vino a pervertir la homogénea sociedad catalana de los sueños parafascistas y a ponerla en peligro, el *Mr. Hide* que empezaba a suplantarse al *Dr. Jekyll* y con el que hay que

⁶ GLM: Grupo de Lengua Materna.

acabar. Hasta los nombres ha habido que adaptarlos, pues al parecer a nada puedes llegar en esta Cataluña enanizada si te llamas Jorge, Jacinto, Sergio, Gerardo (sobre todo los nombres con /j/, fonema cuya articulación produce cáncer, como llegó a informarme una catedrática de catalán), especialmente si llevas encima un López, un Martínez o un Pérez de inocultable bastardía.

Fue, sin duda, ese proceso de bastardización culpabilizadora contra la lengua española y sus hablantes maternos lo que manejó, con extraordinaria habilidad, la sociolingüística nacionalista para dar sustento y establecer los pasos de una de las operaciones de inversión diglósica y desplazamiento lingüístico más ambiciosas que se hayan puesto nunca en marcha. Nada menos que convertir a una población bilingüe en monolingüe, siendo, además, mayoritaria la lengua con la que se quería acabar. La razón de esta estupidez siniestra no podía ser otra que la que ha producido algunos de los mayores horrores de la Humanidad: la frustración de los sueños de dominio, el agravio agigantado, la envidia miserable, la reconstrucción de una historia ficticia que sólo lleva a la nostalgia de lo que no existió, a la melancolía como pesadilla, a la negación de la propia responsabilidad ante lo que se considera el fin del paraíso, producido siempre por los otros, por ese cuerpo extraño que nos devora, y que para el nacionalismo catalán no era otro que España, el pueblo de palurdos con palillo, de hidalgos de lanza quebrada, de parásitos con manguitos de un imperio perdido, de incompetentes que arrastraban a la burguesa y productiva Cataluña a su envilecimiento y su fin. Un pueblo inferior que, inconcebiblemente, les imponía su destino. De ahí el famoso lema pujolista de «Si se salva la lengua, se salvará todo». Sospechamos que ese todo era, por supuesto, y como tantas otras veces, la prevalencia de casta y clase de quienes se consideraban catalanes puros frente a los sobrevenidos⁷, los ‘nouvinguts’. El *Dr. Jekyll* no podía consentir ser dominado

⁷ En mi libro *La enseñanza destruida* (Huerga y Fierro, Madrid, 2005), incluyo un texto titulado «Inmigrantes en su país» (Cap. II, ‘El adoctrinamiento’, pág. 91 y ss.), inspirado por el famoso «Extranjeros en su país» de *Azahara Larra Servet* (Antonio Robles), en el que se pone de manifiesto, a partir de un reportaje del diario *El Mundo* de 2003, la procedencia de los apellidos de la clase dominante catalana de estos últimos veinticinco años, frente a los apellidos sindicales, obreros, aunque los sindicalistas de izquierda hayan sido fuerza colaboradora esencial para la postergación de lo que se identificaba como español, es decir, ajeno. Se da la curiosa casualidad de que todos los apellidos de lo que *El Mundo* llama los protagonistas de ese periodo pertenecen al grupo de lengua materna catalana, y todos los de los ex obreros sindicalistas, al grupo de lengua materna castellana. Salvo uno de los poderosos, José Luis Núñez, que acaso por eso nunca fue completamente aceptado por el catalanismo. Y mira que lo intentó.

y despojado por el feo, el inculto, el gritón *Mr. Hide*, el pijoaparte 'nouvingut' (recién llegado) sólo digno de cavarle los túneles del Metro, de limpiar sus calles, de habitar en las chabolas del Carmelo. La lengua era la excusa, el instrumento, no el fin.

Precisamente lo que nos enseñó Juan Ramón Lodares, con apabullante documentación, es la inmensa mentira de esta división lingüística que no es más que coartada de una reacción estamental, defensora de privilegios, frente a la movilidad de las sociedades democráticas. Y de ahí también que, muy significativamente, lo que se reclame sea el regreso a la situación política anterior al Decreto de Nueva Planta, que, entre otras cosas, se propuso acabar con los estamentos. Por eso, lo que está en juego, nadie se engañe, es la democracia misma. Y esa mentira que nos desnudó Lodares, como el alma inocente que se rebela contra los embustes del Retablo de la Maravillas del nacionalismo, es la de presentarnos a *Jekyll* y *Hide* como dos seres distintos, cuando son, desde hace ya quinientos años, el mismo, la misma naturaleza, la misma personalidad en dos lenguas. Desde el propio título del capítulo IX, «Gentes y lenguas de Cataluña» del libro que nos lo dio a conocer, *El paraíso políglota*⁸, Lodares nos está indicando la verdad que hoy intentan enterrar bajo el hormigón simbólico de las leyes de normalización. No dice «Gentes y lengua de Cataluña», sino lenguas, o sea, las dos lenguas de Cataluña desde al menos la unión de las coronas, cuando no antes con el inicio de la dinastía de los Trastámara. Lo que remata con la impagable cita de Cristófor Despuig que incluye un poco más abajo (pág. 159...), de 1557, donde, entre quejas, no sólo reconoce Despuig que saber la lengua castellana es necesario para las personas principales (curiosamente, la catalanidad con pedigrí que después dará en rechazarla, o al menos consentirá el rechazo instrumentalizado por la pequeña burguesía), que la están abrazando voluntariamente, sino que es «la española que en toda Europa se conoce», lo que nos lleva igualmente a la conclusión de que Despuig consideraba, sin dudas, igualmente española a la lengua catalana, aunque sin el conocimiento y prestigio de la nacida en Castilla, cuya expansión –añadimos nosotros– se debía no sólo a su preponderancia demográfica y política, sino a la ra-

⁸ *El paraíso políglota*. Taurus, Madrid, 2000.

zón verdadera de haber sido concebida entre todos y para todos, lengua franca, lengua de frontera, como magistralmente nos relató Ángel López García en *El rumor de los desarraigados*⁹.

Sin entrar en la multitud de datos incontestables que Juan Ramón nos aportó a lo largo de todos sus libros (como el del primer periódico aparecido en Barcelona, el *Diario de Barcelona*, en 1792, en el que se celebraba al castellano como lengua amada y propia), en la cita de don Cristófor estaba ya formulado lo que luego sería interesadamente bautizado como *el conflicto*: la evidencia de una realidad innegable, la de que si ya entonces las gentes principales de Cataluña incorporaban a su naturaleza la lengua común a todos los españoles, que era lo que se reconocían y sentían, es fácil imaginar la naturalidad bilingüe con que iba a discurrir la vida social catalana quinientos años después, sobre todo tras la desaparición definitiva de esa otra pesadilla monolingüística que había sido el franquismo; y la curiosa irritación de algunos contra esa convivencia que permitía a los catalanes una riqueza de posibilidades, de todo tipo, que les hubieran quedado vedadas como pueblo español monolingüe.

Pero, ¡ay!, esa construcción nacional, esa amputación nacional que la parte más frustrada de Cataluña exigía, esa infeliz nueva venganza catalana que unos almogávares de *escalivada* y sardana anhelaban para su medro, conducía irremediablemente a la sangre simbólica de la extirpación de *Mr. Hide*, de la lengua impropia, es decir, inadecuada, y de quienes se atrevieran a sostenerla. Desde el momento mismo en que la idea, ciertamente más que discutible, de la identidad lengua-nación –que lleva a la España de las cuatro naciones o a la de las trepicientas de los nuevos sayagueses, como los llama Gregorio Salvador en su impagable *Lengua española y lenguas de España*¹⁰– se impone durante la Transición, estaba cantado¹¹ el objetivo monolingüe de un catalanismo que, por tanto, para entenderse como la nación que pretendía ser (y que nunca había sido: las naciones modernas son políticas o no lo son), necesitaba articularse alrededor de una sola lengua nacio-

⁹ *El rumor de los desarraigados. Conflicto de lenguas en la península ibérica*. Anagrama, Barcelona, 1991.

¹⁰ *Lengua española y lenguas de España*. Ariel, Barcelona, 1988.

¹¹ Y públicamente formulado en libros en prensa, por tierra, mar y aire, que nunca el nacionalismo ocultó su objetivo final. Sólo la izquierda española ha querido no verlo, no darse por enterada.

nal, un derecho civil propio, un poder soberano, Hacienda incluida, para la casta catalanohablante, es decir, un Estado, el Estado, además riquísimo, que el nuevo *Estatut* constituyente va a suponer para Cataluña. Y, claro, cerrando el círculo, un Estado dotado de mecanismos de invasión y control social capaces de sojuzgar y enmudecer definitivamente al molesto *Mr. Hide*, a «la otra» lengua que alguna vez también había sido suya, para presentarse en la nueva Europa como un cuerpo histórico cohesionado, en el que lo español no pasará de ser una adherencia prescindible, fruto de la imposición malvada de un centralismo felizmente diluido en la nueva España plurinacional.

Para la consecución de tan noble fin se había puesto a trabajar, muchos años atrás, el ejército filológico-político catalanista. Partiendo de los principios establecidos por la sociología del lenguaje norteamericana, Weinreich, Ferguson, Fishman, por cierto, en estudios de situaciones por completo distintas a la catalana, el nacionalismo lingüístico determinó que históricamente en Cataluña no podía hablarse de diglosia, de lenguas o registros de usos diferenciados, especializados, normalmente uno vulgar y otro culto, débil y fuerte, y, por tanto, sin interferencias. En efecto, los años de represión franquista no habían conseguido recluir al catalán en el ámbito exclusivo de lo doméstico –lo mismo que ahora pretenden los catalanistas hacer con el español–, digan lo que digan ahora los reescribidores de la Historia, pues se había seguido escribiendo y publicando y la resistencia lo había fortalecido y conferido un aura romántica y hermosa, en la misma medida en que la obligatoriedad lo aleja sentimentalmente de aquellos a los que se les impone hoy. Pero tampoco era posible hablar de bilingüismo generalizado, según ellos, pues la presencia de millones de castellanohablantes de reciente incorporación (y la gran similitud de ambas lenguas, aducimos por nuestra parte), hacía inclasificable la selva lingüística que era, por ejemplo, Barcelona, escapándose de todos los parámetros conocidos, y desarrollando un peligrosísimo espíritu mestizo, una *xarneguización* incontrolable de la sociedad catalana. Y, así, dictaminaron que lo que había en Cataluña no era lo que en el resto del mundo se consideraban situaciones de «contacto» de lenguas, sino un verdadero «conflicto de lenguas», es decir, una guerra en la cual, teniendo en cuenta el poderío del *Mr. Hide* castellano, cada día más asumido como propio después de tantos siglos de serlo, se corría el riesgo de que la lengua buena, la identitaria, la que era útil

para el orden eterno de la Cataluña milenaria y su perpetuación, fuera desplazada. Por tanto, ante la imposibilidad de un bilingüismo que sólo podía ser transitorio hacia ese desplazamiento y la derrota del catalán, lo que se imponía era volver a enterrar a *Mr. Hide* en el cuerpo violentado y constreñido del *Dr. Jekyll*¹², aunque éste hubiera de perder su libertad para seguir siendo. Hasta la muerte, si necesario fuere, con tal de componer una momia limpia, sin deformidades pijohablan-tes. Porque esto es lo verdaderamente monstruoso, lo que Cataluña y más Barcelona, ya están sufriendo: su desaparición del horizonte del mundo hispánico, su jibarización antipática, su cierre a la España democrática y moderna, de ciudadanos al fin, que fue siempre la aspiración de las fuerzas liberales que sentíamos a Cataluña como vanguardia. Al matar a la España que es, la están matando a ella misma, a su libertad, a su democracia.

No fue, pues, nunca el bilingüismo el objetivo de las leyes de «normalización», porque no se lo creía posible. Y porque era odiado como muestra de un tumor maligno. De haberlo querido, se habría implantado la paridad en la enseñanza, en el acceso a la Administración, en las posibilidades de obtener el mismo dinero público para la actividad cultural en una y otra lengua. Se habría dado oficialidad, respeto, cariño a lo que ya era normal en las calles: ese bilingüismo tolerante y nobilísimo, enriquecedor y creativo, que hacía de Cataluña la capital de España: la España capital de la literatura, el arte, el teatro, el cómic, la radio, las editoriales, el flamenco, los toros y hasta las mejores putas y cabaretes del país. Aquí estaba el Bagdad, al que hoy quiero rendir homenaje, y me perdone Dios.

Así pues, la inmersión lingüística (añadida al adoctrinamiento educativo LOGSE que el socialismo *español* entregó a las comunidades nacionalistas), bajo la especie eufemística, tan cara a los totalitarismos, de la ‘cohesión social’¹³, iba a convertirse en la más preciosa de las armas para la eliminación de todo eso, para la imprescindible asimilación cultural del mayoritario GLM hispanohablante, muchas generaciones ya, propiciando una verdadera diglosia en la que el español

¹² Esto debe de ser lo que el converso Carod llama catalanismo ‘inclusivo’.

¹³ Hay un departamento en la Generalitat llamado algo así como de «Lengua y cohesión social», la cual cohesión consiste, obviamente, en la imposición del catalán como lengua única, que es algo que cohesiona mucho.

quedaría enclaustrado en el ámbito doméstico ¹⁴ de una Cataluña formalmente monolingüe, y en la que la cooficialidad sería, como ya casi lo es, meramente nominativa. A saber, *Mr. Hide* existe, pero lo tenemos dominado.

Y que nadie me hable del Quebec, porque hay un factor esencial que siempre, qué casualidad, se olvida. La inmersión lingüística *quebecois* nació de la voluntad de unos padres anglohablantes, ricos, instalados, profesionales de otras zonas del Canadá que desarrollaban su vida de clases privilegiadas y lengua no fuerte, sino fortísima, el inglés, en un medio lingüístico en el que pretendían que sus hijos se desarrollaran con plenitud. La escolarización en francés no suponía ningún peligro para una lengua materna prestigiada y propia de los poderosos. A estos chicos no se les podía ni se les pretendía hacer sentir como culpables ni invasores ni guerreros de ningún 'conflicto' contra la tierra en la que vivían. Su decisión había sido libre, no impuesta. Su fortaleza cultural les hacía invulnerables.

Pero los niños hispanohablantes que no tienen más posibilidades que la enseñanza pública o la *vigilada* concertada, no pertenecen en Cataluña a las clases dominantes, sino a la de los trabajadores más humildes, muchos de ellos salidos de sus pobres tierras entonces sin más formación que las primeras letras, cuando no directamente el analfabetismo. No pueden protegerse detrás de una cultura que no pudieron traer, y su dominio lingüístico ha sido bien escaso incluso en su propia lengua, en la que nunca pasaron de un registro muy limitado y dialectalizado, cuando no estrictamente vulgar. No han podido enseñar su lengua culta, porque no la poseían, a unos hijos a los que ahora también se les niega en la enseñanza, mostrándosela como extraña, ajena, impropia, indigna de amor y de respeto, única explicación posible para un niño ante el desprecio que percibe hacia su lengua y, por tanto, hacia lo que él y sus padres representan. La inmersión lingüística roza aquí el genocidio cultural y puede terminar conduciendo a la *anomia*, algo perfectamente estudiado por la sociolingüística y que

¹⁴ La campaña publicitaria de una cosa llamada 'Veu pròpia' (Voz propia), agrupación de gentes que dicen ser 'nous catalanoparlants' (catalanohablantes nuevos, lo que nos recuerda a los 'cristianos nuevos') y sentirse muy orgullosos del 'castellà' de sus padres, pero hablarlo sólo en su casa (el ámbito doméstico de que hablamos en el texto), es altamente significativa del clima de culpa, purga y arrepentimiento subvencionadísimo que se está apoderando de Cataluña. Es la tragedia de una izquierda que colabora en la reclusión (baño y cocina) de su lengua y sus orígenes.

consiste en quedarse sin la lengua de origen, incapaces también, por imposibilidad social, de acceder completamente al registro culto de la nueva, de la impuesta. Es decir, sin llegar al pleno dominio de ninguna. Y si la excusa es que pueden ver la televisión, con lo que se ve en la televisión, entonces ya no roza: es genocidio¹⁵.

Por eso, los «pijoapartes», «els de fora», los venidos de fuera, los castellanos (aunque sean de Orense o Teruel) no han tenido más remedio que renunciar a la «gran cultura», ya exclusivamente al servicio del catalanismo, y refugiarse en esas nuevas formas de contracultura que son las músicas y las literaturas callejeras, el rap, el hip-hop, la impostación de las formas de expresión de las clases humildes norteamericanas, hoy reforzadas por algunos de sus más ilustres imitadores en forma de bandas hispanas. O como dicen ellos, latinas, en esa curiosa forma de diferenciarse de nosotros cuyo origen desconocen.

Ojalá me equivoque, pero creo que lo que están consiguiendo con la inmersión y otras medidas neonazis (las oficinas de delación, a las que llamaremos *checas.cat*, el nombramiento de comisarios en los centros de enseñanza y la participación de los alumnos en el control lingüístico¹⁶, o la obligatoriedad con que el nuevo Estatuto viene a consagrar la oficialidad del pretendido monolingüismo¹⁷) es crear una

¹⁵ Cuando reviso estas palabras para su publicación, varios meses después de su redacción y lectura en el «Homenaje a Juan Ramón Lodares», ha visto la luz en el diario *El Mundo* un reportaje sobre la inmersión en el que se informaba, para la generalidad de un pueblo español que llevaba muchos años mirando para otro lado, de la realidad de la misma, de la prohibición del uso del castellano en la enseñanza, y de cómo, con desvergüenza infinita, la Administración educativa nacionalista justifica la no impartición ni siquiera de una mera asignatura de lengua castellana en los primeros años de la enseñanza, bajo la especie de que estudiando las «estructuras comunes» (o sea, el catalán) y usándola en Gimnasia y Talleres ya van que se matan los 'pijoapartes'. Igualmente, gracias al mismo diario, hemos sabido también de la escandalosa y totalitaria inspección ordenada por la Generalitat de los expedientes confidenciales de un hospital, para saber en qué lengua hablan los médicos con sus pacientes y en cuál redactan sus informes los profesionales de la medicina. En cualquier sitio decente habría tenido que dimitir el Gobierno en pleno. En Cataluña, la mayor parte de los medios de comunicación lo han ocultado. (Eso es lo que se llama «El oasis catalán», Josep Clemente, Edit. Espejo de Tinta, Madrid, 2005).

¹⁶ En los institutos se ha creado una categoría nueva a la que llaman LiC (Llengua i Cohesió), en la línea de lo que relatábamos más arriba, que es el funcionario encargado de vigilar los usos lingüísticos y coordinar a los alumnos que han de dar parte de la lengua utilizada por los profesores.

¹⁷ El nuevo Estatuto consagra cuanto llevamos dicho al establecer que el catalán es la lengua común y preferente, «independientemente de la lengua materna y de uso de los ciudadanos». O sea, nos importa un pijo cuál sea su lengua: aquí se habla catalán, porque, y esto es lo trágico, queremos «vivir en catalán». Es decir, extirparnos la lengua impura, no saber siquiera que existe, puesto que ese absurdo derecho excluye, obviamente, el que sería igualmente absurdo derecho de los otros a «vivir en castellano», pero que ningún castellanohablante reclama. Lo que realmente querían era establecer derechos incompatibles, impedir la convivencia anulando la naturaleza bilingüe de Cataluña, acabar con el derecho de todos a convivir en las lenguas de todos, partiendo de la materna de cada uno, y así establecer a través de la

escisión en Cataluña que no existía hace veinticinco años, cuando mi amigo Oriol, más catalán y más del Barça que Núñez en pleno llanto, me llevaba a ese maravilloso templo que es el Camp Nou a que yo, un madridista seguidor de Pirri, gozara con la consecución de la Recopa para un Barça que entonces era aún, antes de este funesto pancatalanista de Laporta, un equipo de España. Y que no falle el fútbol, porque entonces sí que no quedará nada entre las dos Cataluñas que Huguet predice enfrentadas. Tampoco se engañen mucho: en su obsesión antiespañola, de lo que no parecen haberse dado cuenta es de que hoy *Mr. Hide* ni siquiera es ya español.

lengua una identidad amputada, una prevalencia étnica, un dominio de clase. Un sistema que, además, a la larga, y ellos lo saben, sólo podrá sostenerse a través de una independencia de hecho que haga imposible todo intento de rehispanización a través de la lengua castellana. Constitucional como una patena.

Nueva Revista

DE POLÍTICA, CULTURA Y ARTE

la cultura al día,
la actualidad bien pensada
a lo largo de más de 100 números

Si «los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo» (*Tractatus*, 5.6), los ensayos, poemas y relatos de *Nueva Revista* buscan ampliar el horizonte de comprensión de la actualidad para lograr una lectura sin fecha de caducidad.

Nueva
Revista

www.nuevarevista.com

Nueva
Revista

PRESIDENTE Y

EDITOR

Antonio Fontán

Nueva Revista

Javier Ferrero, 2
28002 Madrid
Tel.: 91 519 97 56